



# Saladrigas y el debate con Ramón de la Cruz

Por JESÚS ARBOLEYA CERVERA

Las opiniones de Ramón de la Cruz son muy respetadas en Cuba. En sus comentarios respecto a mi artículo "Las propuestas de Carlos Saladrigas para Cuba", tuvo el cuidado de advertir que somos buenos amigos. Quizá por ello lo leyó con más ganas de lo que merecía y decidí rebatirlo a fondo en la seguridad de que, entre nosotros, no hay cabida a resentimientos o malas interpretaciones.

En realidad tales discusiones, sobre temas aparentemente vedados, ocurren con bastante frecuencia en los círculos académicos e intelectuales cubanos, incluso en el seno de las organizaciones políticas o en asambleas populares, solo que, por mucho que se les critica, nuestros principales medios informativos no se ocupan de difundirlos y, cuando salen a la luz, parecen una rareza.

Comenzaré por decir que no me considero fuera del "consenso nacional alcanzado respecto a la necesidad de cambiar o actualizar el modelo económico existente en nuestro país", como se infiere de lo dicho por De la Cruz. Al contrario, me parece que dejé claro en mi artículo que me parece indispensable para adecuarnos a la actual realidad, incluso expresé la opinión que se trata de un problema histórico al que el socialismo no ha encontrado adecuada respuesta.

Quizá donde difiere mi análisis con el de Saladrigas es que no valoro la apertura al capital privado doméstico como la medida esencial de los cambios en marcha. Me interesa más lo relativo a las reformas en el funcionamiento de la empresa estatal socialista; el estímulo a las cooperativas –que es una forma también de propiedad social-; la descentralización de la gestión estatal y el establecimiento de una clara demarcación entre la función gubernamental

y la administración de los medios de producción o la entrega en usufructo de propiedades estatales –entre ellos la tierra-, con lo cual se estimula la iniciativa individual, sin que ello conlleve a la privatización del patrimonio nacional.

De todas formas, mis "consideraciones críticas" al modelo recientemente aprobado, planteadas por cierto en Cuba en las asambleas citadas por de la Cruz, no están referidas a la apertura a la gestión privada en la escala establecida, sino a que aún no está suficientemente clara la autoridad de los trabajadores y la población en general para intervenir de manera efectiva en la

**...entre la  
Revolución cubana  
y la mayoría de  
la emigración  
siempre ha  
existido la  
posibilidad  
de un diálogo  
para satisfacer  
intereses  
comunes, cuya  
realización, de  
forma estable  
y duradera, ha  
sido impedida por  
la beligerancia  
de la extrema  
derecha  
cubanoamericana...**

gestión económica, lo que considero el mejor antídoto para enfrentar las deformaciones que engendra la burocracia.

Tampoco estoy en contra de la inversión extranjera, también indispensable en las actuales circunstancias. El problema está en cómo regularla para evitar que menoscabe la soberanía del país –cosa que preocupa a Saladrigas– y el balance político interno, cosa que me preocupa a mí. Como bien dice De la Cruz, desde 1995, rige en Cuba una ley de inversiones extranjeras que, no por nacionalista, deja de ser muy amplia. Aunque efectivamente, como De la Cruz aclara, esta ley no excluye entre los potenciales inversionistas a los emigrados cubanos. Saladrigas rechaza de plano esta posibilidad, según sus palabras, "por razones éticas", planteando la condición de hacerlo bajo otras reglas. Creo que en esta pretensión radica el meollo de la cuestión.

Efectivamente, soy menos complaciente con Saladrigas que De la Cruz, pero ello no se debe a que "rechace de antemano sus propuestas" por venir de un grupo de emigrados y mucho menos que me niegue a debatirlas, sino que las considero, más que fórmulas puramente económicas, una vía para insertarse en los cambios que están teniendo lugar en Cuba: un proyecto político alternativo y como tal deben ser discutidas. No descubro nada, el propio Saladrigas reconoce que están orientadas a "transformar el régimen cubano", en un sentido distinto al que estoy seguro tanto de la Cruz como yo concebimos, lo cual, sí creo, está fuera del consenso existente en Cuba.

Por otro lado, tengo la impresión que la principal preocupación de la gente, tanto en Cuba como en la emigración, no es la posibilidad de que grandes empresarios cubanoamerica-

nos inviertan en Cuba; sino que la relevancia del tema que nos ocupa radica en el interés de la mayoría por encontrar fórmulas que normalicen las relaciones entre los cubanos. Vale entonces que escudriñemos un poco más en las causas que lo impiden.

La naturaleza de la Revolución cubana definió sus metas y decantó a sus enemigos antagónicos; a saber, el poder hegemónico norteamericano y la oligarquía nativa que le servía de sustento, para la cual, impedir el logro de este proceso constituía una necesidad objetiva, toda vez que de ello dependía su propia existencia como clase. Sin embargo, otros que se sumaron a la oposición o simplemente abandonaron el país más o menos en desacuerdo con el régimen, no lo hicieron por razones clasistas de por sí irreconciliables.

Aunque es cierto que la intensidad de la confrontación condujo a posiciones generalizadoras y extremas por ambas partes, mirado desde una perspectiva histórica, entre la Revolución cubana y la mayoría de la emigración siempre ha existido la posibilidad de un diálogo para satisfacer intereses comunes, cuya realización, de forma estable y duradera, ha sido impedida por la beligerancia de la extrema derecha cubanoamericana, alimentada en última instancia por la política de Estados Unidos.

Mirado a partir de los intereses de la extrema derecha, es fácilmente comprensible su intransigencia ante la posibilidad de cualquier tipo de contactos. Para ellos, la beligerancia no solo constituye una reacción emocional, sino que de su mantenimiento depende el control económico y político sobre el resto de la comunidad cubanoamericana y su acceso a los centros de poder norteamericanos. En este caso, los medios son tan importantes como el fin en sí mismo, así que incluso el llamado "tránsito pacífico" en Cuba, queda excluido de su proyecto.

El interés por las propuestas de Saladrigas, incluso aspirando al fin del sistema cubano por otros medios, se explica porque entran en conflicto con las premisas de esta extrema derecha y

alteran un estado de cosas donde el diálogo entre cubanos resulta imposible.

Al margen de las divergencias, se trata de un cambio de mentalidad que debe ser apreciado en su justo valor, sobre todo viniendo de alguien cuya posición clasista lo ubica dentro de los sectores que, hasta ahora, han sustentado esta línea beligerante, lo que demuestra que, incluso en este entorno, son posibles cambios determinados por su propia evolución histórica.

Más importante aún, Saladrigas, tal y como lo demuestran las encuestas auspiciadas por el grupo que preside, no ha hecho otra cosa que adaptarse a las transformaciones políticas ocurridas en la propia comunidad cubanoamericana, como resultado del natural proceso de renovación generacional y el impacto de los nuevos inmigrantes cubanos.

Estamos hablando de fenómenos muy complejos relacionados con el origen social y la experiencia existencial de los nuevos inmigrantes, así como el avanzado proceso de integración de la comunidad cubanoamericana a la sociedad norteamericana, lo cual tiene implicaciones relevantes para su propia identidad y sus prioridades de vida, entre las cuales se encuentra el vínculo con su país de origen.

**La verdad es  
que casi todos  
hemos cambiado  
algo y debemos  
continuar  
haciéndolo, sin  
por ello tener  
que renunciar a  
lo que somos,  
salvo para ser  
mejores.**

Claro está que estos cambios también tienen expresión en Cuba. Hoy día, la sociedad cubana no percibe igual a la actual emigración que a sus antecesores y reclama una adecuación de la política nacional al respecto. Por demás imposterizable, dadas las connotaciones estratégicas que implica para el futuro mismo de la nación, la existencia de una nutrida y pujante comunidad de origen cubano radicada en Estados Unidos.

Efectivamente, Saladrigas tiene razón cuando afirma que los cambios ocurridos en Cuba y en la comunidad cubanoamericana, crean las condiciones para un espacio más inclusivo de convivencia nacional. Prueba de ello es la actual relación entre el Estado y la Iglesia católica, definida como normal por monseñor Carlos Manuel de Céspedes en la televisión cubana, aunque son conocidas las diferencias ideológicas existentes.

La verdad es que casi todos hemos cambiado algo y debemos continuar haciéndolo, sin por ello tener que renunciar a lo que somos, salvo para ser mejores. Pero la variable que se ha mantenido inalterada ha sido la política norteamericana y su expresión en la agenda de la extrema derecha cubanoamericana.

Tratar de cambiar eso puede ser un buen comienzo en el camino hacia una conciliación nacional, a la que la mayoría de los cubanos aspiramos. Sobre todo los de acá, porque en definitiva ni el Estado cubano mantiene un bloqueo económico sobre Estados Unidos, ni nunca se ha planteado invadir militarmente a Miami. De lo que resulta que, los del otro lado pueden vivir más tranquilos que nosotros, mientras las cosas se arreglan.

